

LIBROS

Baruc Martínez Díaz
FAUSTINO CHIMALPOPOCA
GALICIA. UN INTELLECTUAL
INDÍGENA EN EL MÉXICO
DECIMONÓNICO

François Dosse
LA SAGA DE LOS
INTELLECTUALES FRANCESES
1944-1989

María Gainza
UN PUÑADO DE FLECHAS

Eva Castañeda
ENSAYOS PARA UNA HISTORIA
DE ECONOMÍA DOMÉSTICA

Andréi Kurkov
ABEJAS GRISES

Moisés Naím
LO QUE NOS ESTÁ PASANDO. 121 IDEAS PARA
ESCUDEÑAR EL SIGLO XXI

HISTORIA

Chimalpopoca Galicia, enlace entre dos mundos

por **Andrea Martínez Baracs**



Baruc Martínez Díaz
FAUSTINO CHIMALPOPOCA
GALICIA. UN INTELLECTUAL
INDÍGENA EN EL MÉXICO
DECIMONÓNICO
 Ciudad de México,
 Universidad Veracruzana/Era,
 2024, 94 pp.

La brevedad puede ser una virtud, y Baruc Martínez Díaz nos ofrece en 94 páginas una semblanza de Faustino Galicia Chimalpopoca (1802-1877), conocido sobre todo, hasta ahora, como editor y traductor de numerosas obras y documentos nahuas del periodo virreinal y de su siglo, el XIX. Con este libro de Martínez Díaz, él mismo un hijo de San Pedro Tláhuac, la investigación sobre el personaje se completa: en primer lugar, encuentra, transcribe y traduce del náhuatl varios documentos políticos importantes de Chimalpopoca; descubre y

precisa su lugar y fecha de nacimiento, y finalmente presenta un panorama de sus diversas ocupaciones, que resultan reveladoras.

Fray Bernardino de Sahagún, sus informantes y los alumnos del Colegio de Tlatelolco fueron los primeros en poner por escrito, en náhuatl, abundantes textos acerca de la historia y la sociedad nahuas. En el siglo XVI, el mestizo tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo fue historiador y nahuatlato. Dos grandes intelectuales indígenas, el tetzcocano Fernando de Alva Cortés Ixtlilxóchitl (¿?-1648) y el chalca Domingo Francisco de San Antón Muñón Chimalpáhin Cuauhtlehuanitzin (1579-1660) dieron el gran impulso, en el siglo XVII, a la recuperación de la historia y de las obras del México antiguo.

Conforme la población indígena disminuyó (a mediados del siglo XVII había descendido un 90%) y el castellano se impuso en el territorio novohispano, las municipalidades y notarías locales redujeron drásticamente la escritura en las lenguas indígenas, que fue extendida en los siglos XVI y XVII. Para el siglo XIX ya eran

contadas las comunidades que producían sus documentos legales en sus lenguas originarias. De igual modo la traducción de obras en náhuatl declinó. En ese vacío sin embargo una institución creada por la orden jesuita en el siglo XVI mantuvo hasta los inicios del siglo XIX la enseñanza de niños indígenas y el estudio de sus lenguas: el Colegio Seminario de Indios de San Gregorio.

Faustino Galicia Chimalpopoca provenía de una familia de “principales” de San Pedro Tláhuac. Ser “principal” se refería a pertenecer a una familia de origen noble y que ejercía cargos importantes en el cabildo o ayuntamiento local: don Alejo Galicia, su padre, había sido alcalde y gobernador de la república de indios de esa población. Faustino adoptó el nombre Chimalpopoca para reivindicar una estirpe de príncipes nahuas, pero tenemos que recordar que habían pasado ya tres siglos desde el periodo prehispánico; esas atribuciones salvo los casos más conocidos o evidentes eran dudosas. El joven Faustino destacó en sus estudios, primero en San Gregorio, luego estudiando

jurisprudencia en San Ildefonso, y su destino quedó sellado cuando el propio emperador de México, Agustín de Iturbide, fue el padrino de su generación y le otorgó al alumno aventajado una “capellanía laica” de 52 mil pesos.

Chimalpopoca fue un reconocido abogado especializado en la defensa de los indígenas y un incansable promotor de la educación indígena; se dedicó ante todo a rescatar, copiar y traducir del náhuatl documentos y obras antiguas o de su tiempo, desde obras como la *Historia de Tlaxcala* y códices como el ahora llamado *Chimalpopoca* hasta numerosos documentos legales: títulos, pleitos por tierras o en defensa de pueblos de indios. Fue profesor, principalmente del náhuatl, en San Gregorio y en la Universidad de México; perteneció al ayuntamiento de la Ciudad de México y a la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística. Su valor fue reconocido por los intelectuales mexicanos de su tiempo, comenzando tal vez con Lucas Alamán, quien lo nombró, en el ayuntamiento mencionado, presidente de la Comisión de Instrucción Pública. Junto con los grandes historiadores José Fernando Ramírez, Manuel Orozco y Berra y Francisco Díaz Covarrubias, participó en la Comisión Científica del Valle de México (1856). Ramírez trabajó largo tiempo con él en la recopilación y edición de multitud de obras nahuas, y se benefició de sus labores de traductor, aunque criticó sus versiones y su prosa; declaró tener que “desconfiar” de sus traducciones y lo calificó de “sumamente aficionado y propenso a las versiones metafóricas”, fama que lo sigue hasta hoy y en la que debió contribuir también, considera Martínez Díaz, su entusiasta adhesión al Segundo Imperio.

Inserto entre los intelectuales mexicanos de su tiempo, Galicia Chimalpopoca optó por no alejarse de su identidad de indio nahua. Esta filiación lo hizo adoptar la línea política de su gente. Y ¿cuál fue esta?

Después de la gran destrucción traída por la conquista, los indios mexicanos permanecieron en sus “repúblicas”, donde ejercían derechos (a sus tierras comunales, agua, ejidos, a defenderse contra tributos y servicios personales excesivos) que eran protegidos por el Juzgado de Indios y en buena medida por las órdenes religiosas. Sin ser perfecto y siendo la depauperación el resultado final para casi todas esas comunidades, este orden funcionaba, ofrecía protección. Las reformas borbónicas que se concentraron en la segunda mitad del siglo XVIII introdujeron profundos cambios que afectaban ese orden: el mayor, de 1798, la “desamortización de los bienes comunales”, que, respecto de las repúblicas de indios, significaba la amenaza de expropiar sus bienes, que podían ser cuantiosos. Semejantes bienes, por ejemplo, mantenían funcionando el propio Colegio de San Gregorio, cuya administración era consecuentemente dirigida en parte por académicos indígenas. No sorprende entonces que, frente a la revolución de independencia, muchas de esas comunidades eligieran apoyar a quien mejor representaba el viejo orden: Fernando VII, el rey depuesto por Napoleón Bonaparte. Recordemos el grito de Miguel Hidalgo: “Viva Fernando VII y muera el mal gobierno.” Don Alejo, el padre de Faustino, figuró entre los muchos funcionarios indios que en 1815 firmaron a nombre de su comunidad su adhesión al Imperio español. Más adelante, la ley Lerdo (1856) buscaría nuevamente expropiar los bienes de las comunidades religiosas y civiles. El resultado fue que muchas repúblicas de indios se opusieron a las reformas liberales y, cuando se habló de traer a un monarca europeo que restablecería el antiguo orden, Galicia Chimalpopoca se puso en primera fila a organizar el apoyo indígena a Maximiliano.

Para ello Faustino gozaba ya de una posición privilegiada como interlocutor y representante de las

comunidades nahuas de México. En 1856 el presidente Comonfort lo había nombrado “encargado interino de la administración de bienes y fondos de las llamadas *parcialidades*” (bienes de comunidad). El enlace que fue construyendo con diversos pueblos le permitió organizar desde el inicio la adhesión indígena a Maximiliano. Como antes en defensa de Fernando VII, esos apoyos fueron concertados y colectivos.

La corriente liberal y la historiografía a ella adscrita hicieron menos esas expresiones políticas: la buena imagen de los indígenas choca aparentemente con su apoyo a un monarca europeo en oposición al propio Benito Juárez, él mismo indígena. Si esta expresión política monarquista de los indígenas mexicanos es vista como poco importante y manipulada, el valor de Chimalpopoca se rebaja a la simple función de intérprete o a una presencia simbólica promovida por Maximiliano con fines políticos. Como dice la etnohistoria hoy en día, esto es sintomático de una visión de los indígenas como objetos, no como sujetos. En realidad, el carácter de Chimalpopoca como “intelectual indígena” alcanzó su entera dimensión en ese proyecto político que él encabezó.

Y se dio el caso que Maximiliano de Habsburgo hizo suya su visión. Chimalpopoca participó en la comitiva que visitó a Maximiliano en 1863 en su palacio de Miramar en el Adriático. El habsburgo siempre pensó que México debía estar representado ante su trono por mexicanos originarios y Faustino era su hombre. El restablecimiento del trono azteca por su conducto, idea peregrina atribuida a Maximiliano, provenía en realidad de Faustino Chimalpopoca, quien en varios discursos formuló en náhuatl, en tanto representante de los indígenas mexicanos ante el emperador, y en tanto traductor de Maximiliano ante ellos, esa visión indigenista sui géneris: “El antiguo trono azteca, gran Maximiliano, te está esperando. La

muy verdadera estirpe india no tiene qué ofrendarte, gran gobernante, sino solo el bastón de mando de nuestro gran Moteuczoma.”

Y por cierto que en este carácter original y valioso de nuestro personaje, encabezando tan tarde en el tiempo y tan fuera de contexto un resurgimiento político de los indígenas mexicanos de la mano de un monarca habsburgo, su cuestionado talento como traductor toma una nueva dimensión, pues en realidad reunía en sus traducciones dos aparatos políticos, detalle señalado justamente por Martínez Díaz: en su Proclama de 1863, que repartió entre los pueblos, les hablaba a los nahuas de la “obediencia” debida (*iteltlacamatiliz*) al monarca, mientras que en la versión en español, dirigida a la esfera política mexicana, esa obediencia aparecía como adhesión “libre y espontánea”. Traducción no fiel en términos académicos, pero tan creativa y audaz políticamente. Y Chimalpopoca trabajó con Maximiliano, durante la corta vida del Segundo Imperio, en hacer realidad la protección y el mejoramiento de las comunidades indígenas y los trabajadores mexicanos. En abril de 1865, Maximiliano decretó la creación de la Junta Protectora de las Clases Menesterosas. Su presidente sería don Faustino, quien para entonces ya era también “visitador general de posesiones y pueblos de indios”. Estos cargos le permitieron extender la Junta Protectora en juntas “auxiliares”, con lo que pudo organizar localmente la defensa de las comunidades, comenzando con la suya, Tláhuac. Promovió en particular escuelas en zonas indígenas bajo el esquema de San Gregorio: financiadas por los bienes comunales y dirigidas por los propios principales indígenas.

En su función política como enlace de dos mundos Faustino Galicia Chimalpopoca tiene un parecido con el mestizo tlaxcalteca Diego Muñoz Camargo, a quien editó. Muñoz Camargo interpretó, junto con los

principales tlaxcaltecas y los franciscanos locales, la compleja situación económica, social y política de la provincia en la segunda mitad del siglo XVI para defenderla ante la corte y las autoridades virreinales, con efectividad real. ¿Qué otros indígenas y mestizos mexicanos cumplieron una función semejante? Me gustaría poder ampliar esta lista. ~

ANDREA MARTÍNEZ BARACS es historiadora. Su libro más reciente es *Un rebelde irlandés en la Nueva España* (Taurus, 2022). Dirige la Biblioteca Digital Mexicana.

HISTORIA

La epopeya del pensamiento francés

por **David Noria**



François Dosse
LA SAGA DE LOS
INTELECTUALES
FRANCESES 1944-1989
Traducción de Juanmari
Madariaga y Francisco
López Martín
Madrid, Akal, 2023, 2 vols.,
624 y 712 pp.

Georges Dumézil, acaso recordando el inicio de las *Galias* de César, postuló famosamente tres “estructuras” fundamentales en que se dividiría toda sociedad: los militares, los campesinos y los magos. Siempre bajo diversos nombres y con predicados cambiantes según la época y el lugar, a cada elemento le corresponderían, sin embargo, atributos estables: la fuerza para sobrevivir, defenderse e imponerse; la alimentación y la reproducción; en fin, la inteligencia: esta inteligencia que conjura males e imagina obras materiales y espirituales, que interpreta los astros y, en un sentido amplio, las meteorologías.

Si aplicáramos el esquema del sabio francés a su propia sociedad, no debería extrañar a nadie que la “historia intelectual” de Francia pudiera ser

vista desde fuera, por un hipotético antropólogo, como una historia de sus chamanes. Y la obra de referencia de este excéntrico explorador tendría que ser por fuerza *La saga de los intelectuales franceses 1944-1989* de François Dosse, en dos volúmenes, a la que le han seguido ya en pocos meses, aún inéditas en español, una meditación sobre las relaciones entre la historiografía y la literatura y una historia de la universidad de Vincennes. Aunque el ritmo de producción de Dosse es pasmoso y ubicuo merced a sus traducciones, podemos considerar que ha coronado, con su *Saga*, un proyecto iniciado desde su doctorado, que versó sobre la Escuela de los Annales, y que prosiguió, como todos saben, con sendas biografías que van de Ricœur a Castoriadis, pasando por Michel de Certeau, Deleuze y Guattari, y próximamente Michel Serres. A Dosse le debe Francia, en una palabra, el recuento de la historia moderna de su inteligencia, de su *esprit*.

El de “saga” es un concepto mitológico, propio de la epopeya. Otros historiadores se han demorado en contar —y cantar— a los generales y presidentes, las intrigas políticas y sus combinaciones; Dosse ilumina otro rincón del escenario, alumbrando las siluetas que medran en bibliotecas y aulas, como presintiendo acaso que los rumbos de una sociedad, en cierto sentido, se trazan también con tinta y pluma.

Reduciendo a su mínima expresión las fuerzas que combaten en esta epopeya —pues bien hace falta que las haya—, Dosse traza una línea entre el campo socialista y el liberal, cada uno con sus derivaciones. A los extremos, por supuesto, asoman desoladas las estepas del comunismo, el nazismo y el fascismo. De Sartre a Foucault, personajes paradigmáticos que deliberadamente figuran en la portada, cada intelectual encuentra su lugar entre las filas de uno u otro bando, con sus respectivos órganos de difusión, las revistas, y apertrechados generalmente alrededor de instituciones

Un universo infinito y manejable

por Mercedes Cebrián



María Gainza
UN PUÑADO DE FLECHAS
Barcelona, Anagrama, 2024,
248 pp.

de educación superior o del propio gobierno. Por supuesto, Dosse no escribe una novela, sino una obra de historia que prioriza, por un lado, las polémicas y, enseguida, las anécdotas elocuentes que dibujan la miríada de grupúsculos y tendencias que se formaron desde 1944, en la víspera de la Liberación de París, hasta la caída del Muro de Berlín en 1989. El índice onomástico le otorga a esta obra, por lo demás, su pleno carácter enciclopédico.

Como es natural, en esta narración cada uno buscará a sus propios héroes. No sobran ejemplos de perseverancia, claudicación, veleidad, valentía o acomodo; proyectos de elucidación más serios unos que otros, a veces malogrados como propaganda “cult”, hoy tan en boga. Era inevitable: esta historia implica también el recuento de ciertas imposturas, de una idolatría de los chamanes en una sociedad que los ha encumbrado a veces demasiado y que ha sabido hacer de ellos, cuando menos, un redituable producto de exportación. Por lo demás, ¿no nos parece un poco ajeno el afán por definir las posiciones de lo que, como decía Montaigne, puede variar con la digestión del desayuno, como son las opiniones? Pequeña digresión que viene al caso: acaba de aprobarse en Francia una ley por la que los comentaristas de televisión deben ser etiquetados según sus tendencias políticas, en aras de una supuesta paridad de tiempo para cada facción. No es, como quiera, un buen signo, pues ¿no presagia ello una “policía del pensamiento”? Pero no confundamos el parasitismo intelectual, propio de todos los países, con los maestros del pensamiento, que efectivamente abundaron aquí. El culto de Francia por su inteligencia es una alta conquista de la civilización, tal como París es una ciudad idónea para cultivarse. Porque, a un lado de los estantes de libros, revistas y museos napoleónicos, a veces adustos, Dosse nos presenta esa otra vitalidad del arte que pasó, y pasa,

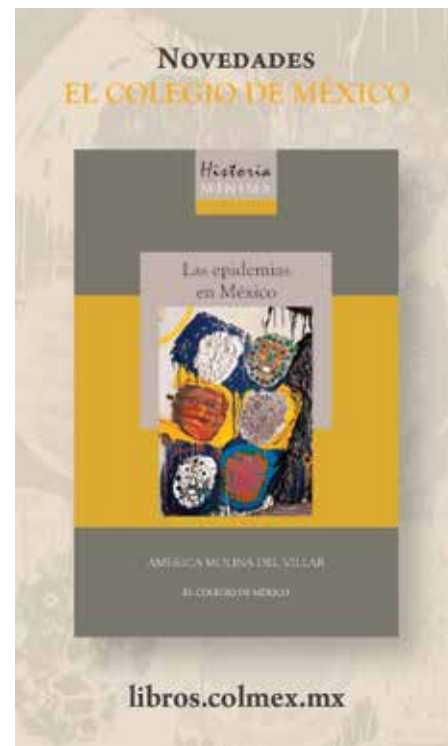
por los bulevares de París bajo los carteles de neón de los cines, de clubes de jazz y de galerías de pintura, de círculos de amigos espontáneos, de afinidades electivas. Así, por ejemplo, el magisterio de un Godard, en círculos sin corbata, no lo fue menos que el de un Pierre Clastres reencarnando a La Boétie con pantalones encampanados. Además, ¿no veremos en esa tendencia tan francesa de “comprometerse con causas” una faceta, justamente, de una politización tan notable? Y es que Francia vive plenamente en el siglo, como otros países prefieren discurrir por aires más metafísicos.

Si comencé evocando al gran comparatista de las sociedades indoeuropeas que fue Georges Dumézil, fue porque, puestos a sacar los saldos de esta historia intelectual, arriesgaríamos que en él y en Lévi-Strauss, o en todo caso en la corriente que representan, se cristaliza la perla más valiosa de la bisutería espiritual de la Francia moderna. Ello parece indicar Dosse en varios pasajes, por el cambio de paradigma que sus reflexiones conllevaron; y nosotros, los lectores extranjeros atentos a la voz de Francia, hemos efectivamente bebido de esa y otras fuentes subsidiarias con predilección. No se me oculta que otros serán de diverso parecer.

En definitiva, una sabiduría mayor se dibuja en nuestras conciencias tras la lectura de esta obra aguerrida de François Dosse. Contrariamente al catastrofismo de la hora que quisiera desquiciar los nervios, congregando a todo mundo en confusas algarabías, pediríamos: no dejen unos su azadón ni sus cuentas, ni abandonen la pluma los brujos y chamanes; pues los generales, lo sabemos, no soltarán las armas. ~

DAVID NORIA (Ciudad de México, 1993) es doctorando en estudios románicos en la Sorbona. Autor de *Bajé ayer al Pireo. Estudios helénicos* (Bonilla Artigas, 2024) y *Nuestra lengua. Ensayo sobre la historia del español* (UNAM/Academia Mexicana de la Lengua, 2021).

Me provoca mucha curiosidad saber a qué tipo de lectores les atrae la obra de María Gainza (Buenos Aires, 1975), y también cómo son aquellos a los que no interpela su escritura, si es que los hubiera. Contrataría una empresa de estudios de opinión —de las que aciertan— para saberlo. Mientras tanto, me aventuro yo misma a averiguar cómo y por qué los escritos de Gainza, en concreto las ficciones y los ensayos autobiográficos de su libro más reciente,



titulado *Un puñado de flechas*, logran producir efectos tan deslumbrantes en quien los lee.

La autora argentina entró por la puerta grande de la literatura con *El nervio óptico* (2017), un libro de similares características al actual: una colección de ensayos autobiográficos cuyo hilo conductor eran distintas obras pictóricas. Gainza las entrelazaba con historias acerca de su propia vida —ficcionalada o no, eso es lo de menos— de una manera sorprendentemente natural. En sus siguientes libros en prosa (*La luz negra* [2018] y *Una vida crítica* [2020]), las artes plásticas seguían apareciendo como motivo central, cosa que también encontramos ahora en *Un puñado de flechas*. A pesar de ello, reducir los escritos de Gainza a la categoría de textos sobre arte no sería acertado, pues en ellos la obra artística aparece como excusa para escribir sobre asuntos de lo más variopintos (el coleccionismo, las migrañas, el bloqueo del escritor, las vicisitudes de la vida familiar...) y para dibujar personajes excéntricos de lo más atractivos, incluida la narradora en primera persona de los dieciséis textos que integran este libro. Este personaje, irónico y encantadoramente frágil, funciona como álgter ego de la autora. Su voz nos habla como lo haría la de una guía de museo perfecta, no solo por su erudición, sino por lo que es capaz de despertar en los lectores a través de la mera descripción de una obra plástica: “A medio metro de distancia la pintura parece una lluvia de confeti caída sobre el papel; dos pasos más atrás, la imagen se ordena en un caleidoscopio, un metro más atrás, las pinceladas dejan de ser pinceladas y una naturaleza vitalista (si esa expresión no es un pleonasma) se te viene encima”, escribe Gainza sobre una acuarela de Cézanne.

La presencia del conocimiento en sus libros es como la de un ángel de la guarda que nos siguiera discretamente y se hiciera presente solo en momentos necesarios: el modo en que

la escritora ofrece los datos de índole más, digamos, enciclopédica no es ni gratuito ni amenazador. En el mundo particular creado por la autora todo está en su sitio y aparece en su justa medida: la cantidad de información que se nos proporciona sobre esto y lo de más allá es exactamente la que le viene bien al libro. Asimismo, a lo largo de estos textos —algunos claramente ficcionales como “*Gravitas*”, donde la narradora dialoga con una paloma que baja a diario a su jardín— encontramos frases tan subrayables como esta: “El pasado es nuestro peluche, y cuanto más lejano está, más perversamente tentador es jugar con él”; pero si algo caracteriza el estilo de Gainza es tanto la ausencia de fuegos artificiales retóricos en él como la presencia de una oralidad parecida a la de esas historias que alguien nos cuenta en el marco de una comida con amigos —en este caso, de un asado argentino—, convirtiendo la sobremesa en una velada que no queremos que acabe nunca, entre otras cosas para seguir escuchando historias por las que desfilan figuras como las de Thoreau, Guillermo Kuitca, Katherine Mansfield, Rodin, Brâncuși, Edith Wharton y otras decenas de autores y artistas de épocas diversas. Pero eso sí: nunca desde el chirriante *name-dropping*, sino desde las antípodas de aquel, pues la autora los convoca como si fuesen amigos suyos que pasaban por su casa y se acercaron a saludar y a contarle alguna anécdota sugerente de índole casi epifánica.

Otro rasgo particular de la autora es su manera de acercarnos a las obras de arte desde una perspectiva oblicua que nos ayuda a mirarlas de modo inusual, como en esas exposiciones que muestran los mundos ocultos en el reverso de los lienzos, en los que obtenemos información e historias que no imaginábamos. En los textos de Gainza el aprendizaje sucede de modo visual, como si al mirar una alfombra persa obtuviéramos un

saber inesperado a base de analizar y conectar lo presente en la urdimbre y en la repetición de estampados y motivos geométricos.

María Gainza manda en sus textos: esto podría parecer una perogrullada, pues cualquier escritor que se precie debería tomar las riendas de su propia escritura, pero en este caso se percibe con gran claridad. La narradora de los textos nos impone su ley, una ley amable que queremos seguir a pies juntillas. Cuando creemos que nos está hablando de sus migrañas recurrentes, como en el texto titulado “La gracia extrañada”, repentinamente las conecta con la obra plástica de la artista Aída Carballo (“sí quiero dejar asentado que tras el aura mi cuerpo se siente como habitando el mundo de Aída Carballo. Un mundo que ha atravesado algún tipo de espejo o superficie gelatinosa”), sin que esto suponga un volantazo narrativo, sino más bien un truco de magia que recibimos boquiabiertos, como niños felices en una fiesta de cumpleaños. Dentro de los que, en un principio, se presentan como ensayos sobre un tema específico aparecen historias engarzadas como piedras preciosas que brillan en medio de una sortija que a primera vista parecía una alianza matrimonial austera. Y suelen ser historias con alma de aventura clásica, a menudo de índole detectivesca, donde aparecen mansiones con las paredes recubiertas de obras de arte pertenecientes a coleccionistas misteriosos. En estas historias, la autora nos lleva a menudo a Buenos Aires, pero también nos hace cruzar el mundo con una facilidad que ninguna compañía aérea actual podría emular.

En definitiva, en esta colección de textos vemos desplegarse la mente lúcida y lúdica de María Gainza, una mente que ilumina y abre vías de pensamiento a cualquiera que se acerque a ella. ~

MERCEDES CEBRIÁN es escritora. Este año publicó *Letonia hasta en la sopa* (Col&Col Ediciones).

Historia mínima de lo doméstico

por Gaëlle Le Calvez



Eva Castañeda
ENSAYOS PARA UNA
HISTORIA DE ECONOMÍA
DOMÉSTICA
Ciudad de México, Elefanta
Editorial, 2023, 118 pp.

Las escrituras del “yo” no son nuevas, sin embargo, mucha de la producción literaria contemporánea se ha dedicado con particular empeño y éxito a explorarlas de manera sistemática. Destacan la casa, las labores domésticas y muy particularmente el tema de los cuidados. Su importancia y, paradójicamente, su invisibilidad han abierto una conversación que se hizo más urgente desde la pandemia. Pienso en dos libros recientes que exploran los costos, económicos y afectivos, del cuidado: *Su cuerpo dejarán* (2019), de Alejandra Eme Vázquez, un ensayo muy lúcido que relata la atención hacia las personas mayores, y *Fruto* (2023), de Daniela Rea, una colección de testimonios que subrayan el sentido político de la crianza.

Hay en la generación de autoras nacidas en los ochenta una conciencia —una lucha— por estudiar, revisar y explorar el papel de la mujer en los espacios domésticos. Tal sucede también con *Ensayos para una historia de economía doméstica*, de Eva Castañeda (Ciudad de México, 1981), que se enfoca en las condiciones materiales del amor, desde la perspectiva de una intelectual que detalla el fracaso de las grandes teorías frente a la vida cotidiana (incluida la marxista, por la que tiene cierto apego). Sus temas y los objetos representados se organizan en tres campos semánticos: la casa, el trabajo, la escritura. Estos tres ejes están ligados por la economía (el

dinero) y la historia (personal y colectiva). Nada romántico, nada espiritual, ningún tipo de rapto.

Castañeda es una poeta que se detiene a reflexionar sobre sus experiencias, su flujo poético es una continua digresión, una suspensión en el tiempo. La digresión interrumpe para dar más detalles de una historia o de un personaje. En el teatro, es el momento en el que el personaje se quita la máscara; en la novela es cuando la historia se abisma. En el poema, la digresión es un paréntesis donde se amplifica el pensamiento, la imagen o el ritmo, como lo hace Fernando Pessoa (espléndidamente traducido por Octavio Paz) en “Tabaquería”:

(Come chocolates, muchacha,
¡Come chocolates!
Mira que no hay metafísica en el
[mundo como los chocolates,
mira que todas las religiones
[enseñan menos que la confitería.
¡Come, sucia muchacha, come!
¡Si yo pudiese comer chocolates
[con la misma verdad
[con que tú los comes!
Pero yo pienso y al arrancar el papel
[de plata, que es de estaño,
echo por tierra todo, mi vida misma.)

En el paréntesis el “yo poético” observa y piensa en la experiencia de comer chocolates, que sería más placentera, de acuerdo con él, si no estuviera atravesada por el pensamiento que juzga la acción. En los textos de Castañeda, los paréntesis son deliciosos porque están llenos de humor: “Por ejemplo tú, diciéndome que ya te vas y yo preguntándome por la imposibilidad y la filosofía alemana.” La autora te atrapa una y otra vez porque una puede reconocerse en cualquiera de sus escenas “aparentemente privad[as]”: en su vida familiar, en las expectativas afectivas, en el fracaso continuo del amor romántico, en la precariedad, en el deseo de una casa, en el reconocimiento al

sacrificio materno, en la pasión por el lenguaje y en todo lo que se hunde alrededor nuestro, a pesar de nosotros mismos.

La primera sección se enfoca en el amor, la política y la economía de lo cotidiano. Todas las tareas del espacio doméstico comienzan como una obligación, pero el pensamiento desobediente de la poeta las transforma en un manifiesto:

Hacer las compras del mes
Acomodar la ropa
Comer bien
No autoexplotarme
Mandar los correos atrasados
Hacer ejercicio
No gastar más de lo presupuestado
Calificar exámenes.

La segunda parte se detiene en el lenguaje, en el estudio de la literatura y en la reflexión sobre la escritura. El poema titulado “1½ taza de agua por cada taza de arroz” muestra cómo la autora cuece lentamente sus textos:

Aprendí a analizar poemas mientras
[la mayoría los escribía:
la elevación del sonido.
[La constante oclusiva.
Lo oblicuo del lenguaje
[y su adverbio retorcido.
Luego, muy pocas metáforas
[me interesaron.

La tercera parte del libro se ocupa del afuera del poeta: los feminicidios, la calle, la protesta y el entusiasmo por la palabra, la invención de un territorio y la decolonización del mismo, la independencia. La cuarta parte integra otro libro de la autora (*Nada se pierde*, 2012). Una digresión dentro de la digresión que, a no ser por la nota al calce de la página, se leería como parte del libro. Del desencanto de la relación amorosa, surge un amor también desencantado hacia la revolución literaria en la carta final dirigida a Karl Marx. Desde el *proletariado* de la escritura,

desde la precariedad que de muchas formas los escritores y los académicos compartimos, surge un llamado a la colectividad.

Los textos pueden leerse como si estuvieran ocurriendo en el momento de su lectura, en tiempo presente. Lo privado (lo poético) se torna continuamente en un asunto político porque las experiencias afectivas son continuamente trasladadas al espacio de la razón (el ensayo). Un espacio donde se analiza con ironía lo vivido. Hay un deseo de enunciar un ¡Ya basta!, romper con la historia pasada—amorosa y literaria—y distinguirse de ella, constituirse de manera opuesta. He ahí la trampa de la que no puede escapar la escritora: en el antagonismo reafirma lo propio siempre en función de lo *otro*, de tal forma que, como mostró Paz en *Los hijos del limo*, la ruptura y la novedad terminan siendo una forma de continuidad.

A pesar de renegar de la poesía mexicana, Castañeda sigue y contribuye a una larga tradición de escritoras (sor Juana, Rosario Castellanos, Laura Esquivel, Claudia Hernández de Valle Arizpe) que hacen del acto de cocinar y de la labor doméstica un acto subversivo, amoroso, erótico, científico. Su poética es congruente con la intención de deslindarse de la tradición del poema río—sobrevaleado—de las palabras que se quieren “poéticas” y endulzan los oídos, del poema que quiere ser poema y crear una reverberación artificiosa.

Sus textos evitan el engolosinamiento. Son intencionalmente imprecisos y austeros, llenos de dudas y por lo mismo conmovedores y vivos. Muestran la vulnerabilidad económica, profesional, afectiva y en esa desnudez y honestidad, en el espejo roto del hogar perfecto, podemos reconocernos. ~

GAËLLE LE CALVEZ es crítica literaria y autora de *Les émigrants/Los emigrantes* (UAM-Écrits des Forges, 2015).

NOVELA

Fantasia para un gentilhomme gris

por **César Arístides**



Andréi Kurkov
ABEJAS GRISES
Traducción de Esther Cruz Santaella
Ciudad de México,
Alfaguara, 2022, 416 pp.

La guerra es la condición humana. Aunque la historia tiene páginas de profundo dolor y miseria por la obstinación del hombre de despedazarse, enaltecer sus credos o patrias, sus delirios y ambiciones, puede más la terquedad y la guerra se impone. Ante sus realidades, sus secuelas múltiples y el intrínseco dolor, la literatura rusa ofrece vivencias trágicas, sangrientas, desquiciantes, y también reflexiones más allá del pacifismo o

el asentamiento del espíritu ante la devastación para solo sobrevivir. En una entrega *distinta* sobre los efectos de la guerra, Andréi Kurkov (San Petersburgo, 1961) ofrece una novela sutil, nostálgica, dictada por un delirio helado y suave: *Abejas grises*. Una obra que detiene el tiempo y dibuja el espacio disputado con tonos opacos y luz sucia, con tinta indeleble donde la guerra es una presencia tan cercana, aunque a veces se muestra invisible en una historia que posee el tono de una fantasía para un gentilhomme desamparado, una narración bella por extraña, triste, real.

Sergueich es un hombre gris, como la región en donde ¿vive?, o mejor, sobrevive en el Donbas, quizá un individuo pusilánime si no fuera por sus decisiones para enfrentar todos los días la certeza del tormento bélico al que se encuentra sometido. Pasa sus días contemplando el cielo triste a veces cruzado por las bombas y con el tímido deseo de intentar otra vida, otro destino más allá de las abejas que cría, cuida con gran esmero y que a su vez son el motivo de su existencia.

Meditabundo, atiende el murmullo de sus criaturas, temeroso de la explosión que algún día puede acabar con su vida, del recrudescimiento del frío y de las hostilidades militares. En un ambiente trazado por la añoranza y el humor gélido se narran los días de este hombre apocado y su entrañable enemigo Pashka, únicos habitantes de un pueblo de solo dos calles largas, abandonado por los demás

LETRAS
LIBRES

VISITA TAMBIÉN
NUESTRA
PAGINA WEB.

WWW.LETRASLIBRES.COM



pobladores al estallar la guerra, una guerra más entre Ucrania y separatistas prorrusos. Solos en esta región comparten la escasa comida y el raro fuego fatuo de la sobrevivencia, aguardan la llegada del cartero para reparar la correspondencia en las casas abandonadas y para hacer más viva su estancia en esta región imposible e irreal; un día deciden intercambiar los nombres de las únicas dos calles principales del poblado con la intención de jugar al asombro, a la alteración de la rutina para no caer más en el pesar de la guerra.

Kurkov logró el reconocimiento internacional con *Muerte con pingüino*, una novela que vacila entre la intriga, el sarcasmo helado y las pretensiones de un escritor fracasado que, para aliviar un poco, no la tristeza, sino el vacío de su último rompimiento amoroso, decide adoptar un pingüino de un albergue de animales con cuidados deficientes. En una suerte de parábola espejo, el pingüino representa su vida sin expectativas ni promesas luminosas; el animal es una sombra, un destino, una presencia que se pasa las horas ante una pared o quieto en medio de una estancia sin propósito alguno, como su dueño: ensimismado, ante el muro de la vida donde solo encuentra depresión y soledad hasta que una propuesta laboral para redactar epitafios de personas que aún no mueren le cambia la vida. Con *Abejas grises* se confirma este temperamento narrativo frío, parco, con gran imaginación y situaciones, más que inverosímiles, densas, sombrías, donde el humor de Kurkov más que negro es opaco, sin por ello ser fallido, pues muy dentro de sus quejumbrosas situaciones cómicas y al mismo tiempo enervantes dibuja sus páginas extrañas.

En *Abejas grises* sabemos que a Sergueich lo abandonó su mujer, tiene una hija adolescente que lo ignora y de vez en cuando habla con ellas por su teléfono celular, cuando recuerda que no ha cargado su aparato o resiente el frío del abandono, pero su

única preocupación real son sus abejas a quienes cuida y recibe de ellas la miel con la que sobrevive pues cada largo tiempo lleva la miel a venderla a poblados cercanos, después de sortear varios retenes y donde encuentra personas que intentan llevar sus actividades normales bajo los dictados bélicos en poblados donde se mezclan razas y religiones. Pero nuestro avicultor regresa siempre al abandono de su pueblo, a recordar el día en que un alto funcionario de gobierno descansó en su cama de abejas y como agradecimiento le regaló unos bellísimos, finos y enormes zapatos; vuelve a casa después de intercambiar comida por su apreciada miel, regresa a la penumbra eterna cuando contempla el cadáver de un soldado que lleva días entre la nieve sin ser reclamado por ningún bando.

La vida parece darle una oportunidad para salvarse del tedio y la desolación cuando decide dejar su pueblo, empacar sus pocas pertenencias en una camioneta vieja y acomodar sus amadas abejas en busca de otro lugar para comerciar y probar fortuna; alejarse de su pueblo y errar en otras poblaciones donde el conflicto no sea tan severo; así llega a Crimea y conoce a Galia, una mujer trabajadora y sencilla, dueña de una humilde tienda que lo acoge y le ofrece su tibia soledad.

Al principio Sergueich siente el llamado mustio de la esperanza, sus días en su casa de campaña, a la intemperie y acompañado solo de sus abejas en medio del campo parecen darle una paz apenas luminosa y desconocida, tiene ante sí el firmamento y la quietud del paraje le fascina, mientras la mujer lo busca en su refugio y en ocasiones lo lleva a su hogar para cenar y resucitar en la intimidad un deseo arrumbado; él encuentra en su cuerpo no solo el regazo amoroso, también la ilusión de una compañía, un remedio a su vacío, pero el amor no es para él, tampoco el placer y la ilusión encajan en su destino lánguido, en su alma gris; entonces desiste. Envuelto

en equívocos, acechado por la oposición de los lugareños del pueblo de Galia comprende que muy poco puede hacer ahí, y aunque las aguas se calman y la mujer le ofrece su casa y su vida, él decide la vida errante, el retorno maléfico al helado seno de su pueblo donde únicamente se alegrará de verlo su enemigo más querido.

Abejas grises ofrece una forma distinta de vivir la guerra, desde el silencio y la más extraña de las cotidianidades, desde el abandono al que son sometidas las personas en pueblos remotos. Sergueich y Pashka, aunque no se caen bien, aprenden a convivir en lo más hondo de la desolación y del silencio, comparten, como el pan viejo que comen sin hambre, el miedo rancio y la soledad de esta convivencia afectada por la ocasional caída cercana de las bombas, así nace un afecto mustio matizado por la solidaridad humana y la ternura. El humor de Kurkov en esta obra es de nuevo opaco, lamentable, pero efectivo, visto en la actitud maliciosa de Pashka, la forma en que abusa de su enemigo cercano, cómo oculta su alcohol y cómo se hace de alimentos, siempre tramposo y abusivo.

Es cierto que rusos y ucranianos han escrito páginas terribles, impresionantes, sobre la guerra y las revoluciones –Gógol, Tólstói, Isaak Bábel y quizá de los más recientes Bábchenko, con su fuera de serie *La guerra más cruel*–, pero la apuesta de Kurkov en *Abejas grises* sentencia los estragos de la guerra, la vuelve personaje dios: colérico, omnipotente, omnipresente, invisible y no por ello inexistente, y bajo ese designio siniestro el cuidador de abejas es solo zumbido, vida en el escombros, el hombre universal convertido en humo, en sombra, en polvo, en nada. ~

CÉSAR ARÍSTIDES es poeta, ensayista y editor. Autor, entre otros libros, de *Louis-Ferdinand Céline en Dinamarca* (Universidad Veracruzana, 2021).

ENSAYO

Los temas de nuestro tiempo

por Miguel Ángel Martínez Meucci



Moisés Naím
LO QUE NOS ESTÁ PASANDO. 121
IDEAS PARA ESCUDRIÑAR EL
SIGLO XXI
Barcelona, Debate, 2024, 424 pp.

Lo que nos está pasando es el título más reciente de Moisés Naím, uno de los más renombrados analistas de la actualidad. Al igual que *Repensar el mundo. III sorpresas del siglo XXI* (2016), este libro recopila una buena parte de los artículos con los que, semana a semana, Naím ha buscado diseccionar el acontecer mundial. Esta edición cubre columnas publicadas entre los años 2016 y 2023, sin que se hayan considerado retoques de ningún tipo. El título, a modo de eje conductor, alude a la creciente complejidad que entrañan estos tiempos y a las drásticas consecuencias que viene acarreado para nuestra existencia personal y cotidiana. No en balde, durante estos últimos años, la ansiedad se ha convertido en un problema universal en un mundo caracterizado por la constante aceleración e interacción de los distintos procesos que lo componen.

Ahora bien, el interés de un libro como este radica, sobre todo, en la posibilidad de revisar de qué modo ha envejecido la mirada de un experimentado analista. *Lo que nos está pasando* no aporta un examen exhaustivo y orgánico sobre un tema específico —no equivale a sus portentosas y ya clásicas obras *Ilícito* (2006) o *El fin del poder* (2013)—, sino más bien nos ofrece la posibilidad de examinar cómo se han gestado algunas de las fuerzas que vienen moldeando la realidad posterior a la pandemia del covid-19.

Fiel a un estilo que constituye ya su sello de identidad, Naím se mantiene siempre punzante, conciso, aterrizado, a la caza de cualquier vínculo imprevisto que pueda emerger entre sucesos aparentemente disímiles o paradójicos. Tal como él mismo lo dice, su “meta es ir al encuentro del detalle fugaz que acabará por poner al mundo de cabeza, la tendencia soterrada que gradualmente invierte las incertidumbres, el pie de página olvidado que al final nos transforma la vida a todos”. Naím procura también que la combinación del tono neutro y pragmático con la presentación del dato inesperado genere de repente en el lector ese

súbito asombro que tiene lugar cuando se nos revela una realidad novedosa y sorprendente.

No es una tarea sencilla. Si bien el espectro de fenómenos políticos, sociales y económicos a los que este autor da seguimiento es notablemente amplio, la posibilidad de detectar ese dato inesperado, ese factor insólito que descubrimos operando en medio de la maraña, requiere una mirada siempre fresca y una reflexión constante, capaz de eludir las lógicas convencionales dentro de las cuales solemos encuadrar los hechos cotidianos. Solo quien concibe la posibilidad de lo inesperado suele estar preparado para identificarlo de forma relativamente temprana, para lo cual se requiere esa “sensibilidad ante las señales débiles que indican la inminencia de un cambio telúrico”, como explica el propio autor.

De ahí que Naím nos muestre la relación entre, por ejemplo, la congestión de los estacionamientos de los hospitales chinos y la inminencia de la pandemia; el aumento en las compras de Rolls-Royce tras los estragos causados por el coronavirus y un cambio generalizado en nuestra actitud frente a la muerte; o los parecidos que podemos encontrar entre el Vaticano y la FIFA, así como también entre Elon Musk y Vladímir Putin. Hay en todo ello, por supuesto, esa voluntad de divertirse en el proceso y de entretener al lector que caracteriza a todo verdadero pensador y que constituye siempre una garantía para quienes —en tiempos en los que la proliferación de textos puede ser agobiante— quieren con razón evitarse mayores pérdidas de tiempo. Hay, evidentemente, días mejores que otros, y algunas de las columnas que componen este libro lucen más logradas, pero en todo caso la consistencia de los resultados obtenidos a lo largo de tantos años es más que notable.

El conjunto de temas abordados por Naím es tan amplio que complica hasta cierto punto la tarea de reseñarlo. No obstante, es posible identificar algunos tópicos que suscitan el interés recurrente del autor. Decía Heidegger que solo se piensa verdaderamente sobre aquello que *nos da qué pensar*, sobre los temas que una y otra vez concitan nuestra atención. En este sentido, es normal que el libro dedique varias páginas a la pandemia de los años 2020 y 2021, cuando se escribió buena parte de los artículos que lo componen. Allí Naím nos hace ver que son muchas las cosas que han experimentado cambios importantes a raíz de la crisis del covid-19, pero también nos hace ver que muchas otras se mantienen sustancialmente constantes.

Por otra parte, es evidente que para nuestro autor Donald Trump constituye uno de los mayores problemas en el panorama internacional. Quizá no exageremos al señalar que constituye su principal dolor de cabeza, a juzgar por la cantidad de referencias que hace al expresidente de los Estados Unidos. Alérgico a toda clase de radicalismos, enemigo de las grandilocuencias, moderado por naturaleza, Naím examina de múltiples maneras los riesgos que el tipo

de liderazgo ejercido por Trump entraña para la democracia estadounidense y para la estabilidad del orden mundial. La polarización que experimenta la Unión Americana y a la que Trump ha contribuido de forma significativa, así como la posibilidad de que el eje de la seguridad euroatlántica se rompa bajo la influencia del líder del Partido Republicano, son algunas de las posibilidades que justifican los desvelos de Naím.

De igual modo, para el también autor de *La revancha de los poderosos* (2022) el problema del creciente autoritarismo que invade todo el planeta no deja de ser un tema de gran preocupación. Los comentarios en torno a las derivas despóticas que caracterizan a líderes mundiales como Vladímir Putin, Narendra Modi, Jair Bolsonaro, Andrés Manuel López Obrador, Benjamín Netanyahu, Evo Morales o el propio Trump ocupan buena parte de las páginas del libro. Por supuesto, Nicolás Maduro también se lleva lo suyo. El autor dedica varias columnas a comentar la indignante banalidad del tirano de Venezuela, así como también a cuestionar la actitud connivente y lamentable que, ante la tragedia de aquel país, asumen inefables personajes como José Luis Rodríguez Zapatero.

Asimismo, resulta imposible obviar el hecho de que la mayor parte de las autocracias de nuestro tiempo nacen de la corrupción de la democracia y, por ende, suelen estar asociadas a la nefasta combinación de lo que Naím llama “las 3 P”: populismo, polarización y posverdad. No sé si el término *posverdad* sea afortunado. Por lo general, hay que andarse con cuidado cada vez que un “neo” o un “pos” se aparecen en el camino. En todo caso, el fenómeno al cual se pretende aludir con este término es, en efecto, un problema que crece como consecuencia inesperada de las nuevas tecnologías de comunicación e información. Así nos lo hace ver Naím, quien lo asocia al neologismo anglosajón *gaslighting*, referido a “las tácticas y trucos que se usan para que una persona dude de su realidad y cuestione lo que siente, cree y hace”.

Por último, cabe señalar que si bien Naím hace gala de un impecable realismo político al analizar problemas actuales —como el de dar salida a los dictadores de nuestro tiempo, dada la súbita vigencia adquirida por el principio de jurisdicción universal—, en otros aspectos guarda cierto apego a los estándares de la corrección política predominante. El lector no encontrará en este libro mayores cuestionamientos a la retórica que impera hoy día sobre el cambio climático, los sesgos en la academia global o las falencias de la administración Biden. Para saber más al respecto será necesario seguir leyendo siempre a Naím, de fino oído a la hora de detectar las principales tendencias que mueven al mundo. ~

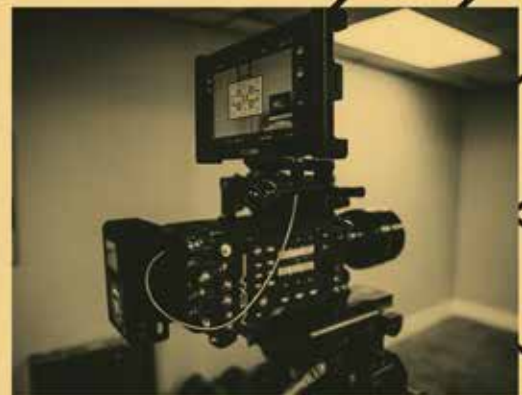
MIGUEL ÁNGEL MARTÍNEZ MEUCCI es politólogo y doctor en conflicto político y procesos de pacificación por la Universidad Complutense de Madrid, profesor universitario, consultor político y columnista para diversos medios.

LETRAS
LIBRES

VISITA TAMBIÉN
NUESTRO CANAL
DE YOUTUBE.



[YOUTUBE.COM/@LETRAS_LIBRES](https://www.youtube.com/@LETRAS_LIBRES)



WWW.LETRASLIBRES.COM